



EDICION DE LUJO.

Dos reales

AL RECIBIR EL NÚMERO.

DIRECTORA,
LA BARONESA DE WILSON

EDITORES PROPIETARIOS,
J. CASTRO Y COMPAÑÍA.

EDICION ECONOMICA.

Un real

AL RECIBIR EL NÚMERO.

Año II.

Madrid 21 de Enero de 1872

Núm 3.º

SUMARIO.

Advertencias.—Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—La flor del Angel, por la señora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda.—El Libro del corazon, por D. Ramon Ortega y Frias.—En medio del Atlantico, por Leopoldo Augusto de Cneto.—Solucion de la charada del número 13.—Explicacion de los grabados.—Rifa.

ADVERTENCIA.

Ignorando que la señora doña María del Pilar Sinués de Marco, habia publicado una novela con el titulo «¡Hija esposa y madre!» puse el mismo á una obra mia que se publicará muy en breve, pero variándola el nombre, que habia creido á propósito, por la expresada razon.

LA BARONESA DE WILSON.

OTRA.

Con motivo de haber llegado de Paris los figurines y grabados con bastante retraso, hemos tenido precision de retardar dos dias la salida de este número, ocupándonos en corregir esta falta para lo sucesivo.

REVISTA DE MODAS Y LABORES.

I.

Está efectuándose en la moda una completa trasformacion: vestidos, abrigos y sombreros varían de forma, y los trajes del año pasado y antepasado son inadmisibles; pero añadiendo unas aldetas postillon, un chaleco al corpiño y un volante, ya el traje queda elegante, pudiendo hacer el cha-lequito de terciopelo y de un punto de color que corte bien con el del vestido.

Los corpiños de última novedad, se hacen con largas aldetas por detrás, y por delante en puntas, forma *princesa*, abiertos para traje de recepcion y cerrados para la calle y paseo.

Lo que más insistimos en aconsejar es, que las señoras escojan modelos y colores á propósito para el tipo de la persona, y de ese modo, conseguirán realzar su natural belleza.

En Paris, hasta las doce en el invierno, se usa la bata de cachemir y las preciosas zapatillas Luis XV; despues se visiten para recibir hasta las tres y salir despues hasta las seis, cumpliendo á su vez las visitas; advirtiéndole que los trajes para recibir difieren mucho de los de calle y paseo.

Una falda de satin de lana, de faya ó de terciopelo, segun la fortuna de cada cual, con larga cola, y chaqueta de terciopelo ajustada con largas aldetas, cuello y magas de encaje, completaria un distinguido traje para recibir.

Un vestido de cachemir color plomo, adornada la primera falda con dos anchos bieses bordados, colocados á doce centímetros uno de otro, túnica princesa con manga abierta hasta el codo, bordados y adornados los bordes de la túnica con

un buen fleco, redonda de los costados y recojida con broches bordados, puff cogido con una banda guarnecida con fleco, velo de Chantilly ó sombrero de terciopelo negro, manguito y boa de pieles, constituyen un traje de buen gusto para la calle y paseo á pié.

Con ocho varas de cachemir tendrán la primera falda, y con otras ocho la túnica completa, siempre que la tela sea ancha.

Los colores fuertes van perfectamente á las trigüeñas, y los suaves, como el azul, el paja, el lila muy claro y el gris perla á las rubias, por ejemplo, con traje de tarlatana rosa sobre raso, del mismo color: el bajo de la primera falda está adornado con un gran volante plegado, con cabecilla rizada, bordeada con encaje blanco: despues tres bieses y una segunda cabecilla.

La segunda falda tiene al borde un encaje, y recojida á la

Grabado núm. 1.



aldeana, con un lazo de seda rosa; el corpiño tiene aldetas bordeadas con cabecilla y encaje; una rosa descollaba en los negros y sedosos cabellos de la graciosa condesita de T. C..., quien lucia tan sencillo y bonito vestido.

La rubia hija del banquero J... estaba encantadora con un traje azul muy claro, cubierto con tul blanco bullonado, y adornado con bieses y lazos: una rosa blanca con capullos

y caída, aparecia medio escondida entre las cascadas de tirabuzones.

En la misma reunion, una aristocrática dama hacia sobresalir aún más su belleza con un lujoso vestido de raso negro con larguísima cola, cubierto con profusión de encaje Chantilly: por delante formaba un delantal con encaje y bullones de tul separados por una guirnalda de rosas. Corpiño

muy escotado, con tirantes de tul, los que bajan á formar con las rosas y el encaje una especie de aldetas.

Un gran *puff* de tul, formando anchas bullones cojidos con rosas, y un adorno de encaje y rosas en el cabello, formaba el todo de este traje.

Vestidos ménos ricos que pueden servir en el verano para paseo y para visitas, son de seda, gris perla, lila ó azul,

adornados con crespon de China, y túnica de esto mismo.

Hemos visto algunos cuellos bastante lindos: uno de ellos recto por detrás y á los lados, y con dos pequeños picos por delante, adornados con encaje, y con él una corbata de crespon de China, muy ancha: el lazo forma trasparente por bajo del encaje, y hace bellissimo efecto.

Otro hemos visto de batista de hilo, ondulado con enca-

Grabado núm. 2.



je de Valenciennes al borde, y mangas de la misma clase.

Una de las invenciones de la moda que no debemos pasar en silencio, son esas lindísimas fajas escocesas, con largas bandas y fleco al borde, que se anudan en la cintura y bajan por un costado las caídas: es un verdadero furor el que reina por esas fajas, las cuales cuestan de cien reales en adelante, según la clase y el largo.

Antes de concluir, describiremos una preciosa falda de cristianar, por si alguna de nuestras lectoras necesitara ocuparse de esa clase de objetos.

Su largo debe ser de un metro y diez centímetros, ó de uno y veinte, y dos de ancho: se le hace el borde, se frunce, y se hace el delantal del modo siguiente:

Dos bullones formando como una V se colocan desde la

cintura: á la cabeza y al borde se pone un entredós y un encaje *Valenciennes*. Despues dos volantitos, tambien de *nansú*, con entredós en la cabeza, y encaje, que bordea el volante.

Hecho esto, y ya á más de la mitad de la falda, se ponen dos tiras bullonadas y volantes con encaje: un entredós sube recto por cada lado del adorno, una tira de *nansú* bullonada y un ancho encaje al borde de la misma: el corpiñito escotado y la manga se adorna lo mismo que el resto; cinturón rosa si es para niña, azul para niño.

II.

LABORES Y MUEBLES.

Una de nuestras amables suscriptoras nos ha pedido la explicacion para un gorrito para niño, y deseando complacerla, así lo efectuamos.

Se corta en papel el patron de un gorrito de tres pedazos del tamaño que se desee, y se ejecuta cada uno, á punto tunecino, con estambre azul ó grana de cinco cabos, haciendo despues alrededor una vuelta de mallas de croché, uniendo cada pedazo con una serie de mallas dobles, con estambre blanco, guarnecido el borde con un encaje de lana hecho al croché: esta labor puede servir; con patron á propósito, para gabancitos de niño de un año y dos, y tambien para talma.

Las lindas canastillas de junco y esterilla, bordadas en tapicería, forradas con seda y adornadas con borlas, están muy en boga para tarjetas, papeles y labores de adorno.

En lo concerniente al mueblaje de las casas, creemos utilísimo dedicar de vez en cuando algunas líneas, en particular para aquellas personas que habitan poblaciones pequeñas.

Una habitacion puede estar amueblada sin grandes dispendios, y sin embargo aparecer elegante y de buen gusto: no se necesita profusion de muebles, sino que armonicen entre sí y sean de forma bonita, artística ó caprichosa.

Por ejemplo, hoy los muebles de palo santo han reemplazado por completo á los de caoba, pero como los primeros no se encuentran al alcance de todas las fortunas, pueden ponerse de imitacion: una sillería de esa clase, cubierta de reps, de lana ó seda, con dos de esas lindas marquesitas y una alfombra de colores fuertes y de fondo oscuro, adornarán perfectamente un gabinete ó sala de confianza, añadiendo una elegante mesilla de juego, algun caprichoso estante, y colgaduras iguales á la sillería, ó blancas, con galería de palo santo y pabellon del color de las sillas.

Una linda, aunque sencilla sillería, una alfombra adecuada, *portieres* de reps, cortinajes que armonicen, una bonita jardinera ó dos, haciendo juego, de esos elegantes muebles maqueados para tarjetas, constituirán un mueblaje de sala sencillito, pero elegante: á esto pueden añadirse esos mil accesorios que el lujo ha inventado, y que no siendo de absoluta necesidad, quedan al capricho ó posicion ventajosa que se ocupe, para procurársela.

Haremos en lo sucesivo descripcion detallada de muebles, tanto para la aristocrática clase, cuanto para la de más modestas aspiraciones.

Aunque bastante extensa esta revista, no la concluiré sin dedicar unas líneas á la rifa de una preciosa imagen de plata que representa á la Virgen del Pilar de Zaragoza, y cuya adquisicion, por el módico precio de 4 reales, aconsejamos á nuestras lectoras, fijándose en el anuncio correspondiente.

Tambien particularmente, y ocupándonos del tocador, no vacilamos en recomendar el *Agua nacarada de Ortells*, que presta al cutis diáfana blancura.

El *Agua del Serrallo*, la crema de Catay, la pomada para teñir el cabello y el ámbar y miel de Inglaterra, esto último para el pañuelo, son otros tantos objetos indispensables para el tocador de una señora.

La Baronesa de Wilson.

LA FLOR DEL ÁNGEL

(TRADICION VASCONGADA)

POR LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

I.

Vivia en no sé qué tiempo, (que la tradicion no lo fija), en uno de los blancos caseríos de las verdes montañas que ven correr el Deva, una jóven bellísima llamada Rosa, hija única de cierto labrador acomodado.

Tuvo por compañero de su infancia á un pobre huerfano, que otro vecino de la aldea habia, por caridad, prohibido, y de tal modo se amaron desde los primeros años, que podrian aplicárseles aquellos lindos versos de Hartzenbusch, referentes á otros amantes tradicionales:

—Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño;
Encarnacion del cariño,
Que se adelantó al nacer.—

Pero Rosa llegó á cumplir los quince años, teniendo ya diez y ocho su amante Félix Erliá, á quien ningun mozo de la comarca se igualaba en gallardía, y si sus mútuas ternezas de niños no habian llamado seriamente la atencion de nadie, su acendrado amor de jóvenes no podia menos de inquietar en sumo grado al padre de la doncella, al cual no le cuadraba en manera alguna tener un yerno tan pobre.

Nuestros amantes y aquellos con quienes les tengo comparados, ofrecen, como irán notando nuestros lectores, no pocos puntos de triste semejanza. Erliá, como *Mansilla*, halló inflexible al padre de su amada, y si bien ésta se contentó con llorar en silencio, porque era modelo de respeto filial, (generalmente profundo en el corazon de los vascongados), el jóven persistió de tal modo en su amoroso empeño, y rogó y gimió tanto á las plantas del insensible padre, que alcanzó al cabo, cual suprema merced, esta declaracion, solemnemente articulada:

«—Dentro de tres dias es el 1.º de Marzo, fiesta del Angel Custodio, y en él cumple mi hija sus diez y seis primaveras. Te doy palabra de honor de no obligarla á recibir esposo hasta dentro de dos años, y pasado que sea el mencionado dia, si para entonces has adquirido medios de mantener como se debe á la mujer que escojas y á los hijos que te dé, preséntate á mí el 1.º de Marzo del año señalado, y juro por los ángeles que se festejan en él, que será tuya la mano de Rosita, siempre que ella, voluntariamente, no se la haya destinado á otro. Pero si la Providencia te niega sus recursos, no pienses en aportar por estos alrededores, teniendo entendido que daré, con su gusto ó sin él, otro marido á la chica.»

No osó replicar Erliá: antes bien se retiró dando gracias al viejo, y como algun tanto esperanzado.

Tres dias despues, el de la fiesta del Angel y cumpleaños de Rosa, se hallaba ésta sentada tristemente sobre unas piedras á las orillas del rio.

En su distraccion amarga, tronchaba maquinalmente, unas tras otras, las ramas, todavia desnudas, de los arbus-tos cercanos, y aun iba á dejar caer su destructora diestra sobre la única florecilla que entreabria solitaria su modesto cáliz al abrigo de la peña,—y que era conocida en el pais con el nombre de *flor del ángel*, por ser producto de una planta que, segun la tradicion asegura, jamás dejaba de comenzar su milagrosa florecencia en el primer dia de Marzo,—cuando de repente llegó Erliá, y fué salvada la flor, pues Rosita sólo se acupó ya en contemplar á su amante.

—Vida mia,—la dijo él sentándose á su lado y mostrando en su rostro extraña mezcla de dolor y de esperanza;—ya conoces la resolucion de tu padre. Me es preciso ser rico dentro de dos años, á contar desde hoy.

Rosa prorumpió en llanto.

—No llores,—prosiguió Félix temblándole la voz, por más que se esforzaba, aparentando firmeza.—Mi corazon está lleno de halagüeñas esperanzas, porque inspirado por mi ángel y por el tuyo, bajo cuyo patrocinio he puesto nuestros amores, voy á partir para buscar fortuna en una tierra donde se dice que son de oro hasta las arenas de los rios. Si, me



EL ULTIMO FIGURIN.

ADMINISTRACION: PLAZA DE LA CEBADA, NÚMERO 11.-MADRID.

3-72

voy al Nuevo Mundo, y el buque en que me admiten como marinero voluntario, se da á la vela esta noche.

Los sollozos de Rosita parecían desgarrarla el corazón; pero Félix, armándose de valor, pudo añadir todavía:

—Dentro de dos años, en tal día como éste, en este sitio, y á esta hora, volverás á verme reclamando tu mano.

—¿Y si no vuelves?—exclamó la doncella dejando caer su desfallecida cabeza sobre el hombro de su amante.

—Si no vuelvo,—respondió Erliá con amargura,—ruega por mí á Dios, y encomiéndame á nuestros ángeles, porque habré pasado á mejor vida.

—¡No!—repuso ella.—Otra podrá ser también la causa que nos separe. ¿Quién me asegura que no te olvidarás de mí en aquel suelo lejano?

En el mismo momento, una abeja libaba, susurrando, la temprana florecilla del ángel, y haciendo un juego de palabras con el nombre del insecto y el apellido de Erliá, —que en vascuence significa *abeja*,—dijo el joven á su querida, señalando á aquel, posado amorosamente sobre la flor solitaria.

—¿Ves cómo viene á buscarla apenas aparece en la tierra? Pues primero olvidará esa abeja á la flor, que pueda este otro Erliá olvidarse un instante de su Rosa.

La doncella se sonrió en medio de sus lágrimas; pero no parecía completamente tranquila, porque cabía la desgracia de ser un tanto desconfiada y celosa, lo cual sabía su amante, y por lo mismo, se apresuró á añadir:

—¡Yo te lo juro! Puesto que no tienes en mi corazón la fe que tengo en el tuyo, te juro por nuestros ángeles, presentes en este sitio, que seré contigo tan constante como con la flor la abeja.

Rosa, á su vez, prometió ante los mismos célicos testigos no aceptar esposo alguno en los dos años de libertad que le permitía su padre. Luego guardaron los dos largo y elocuente silencio, apretándose las manos, y dejando correr las lágrimas por los cristales del río.

Llegó por fin el momento de la separación, y ¿quién puede explicar lo que es ese momento para dos corazones que se aman?

En él solo están resumidas todas las amarguras de la más larga existencia.

¡Pobre Félix! ¡Pobre Rosa!... Presentían sin duda que aquel amargo beso de despedida era el primero y el último que se darían en la tierra.

Al día siguiente volvió Rosa á orar por los navegantes al sitio en que se había despedido de su Erliá, junto á aquella misma solitaria flor que había libado la abeja...

(Se continuará).

EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuación.)

CAPÍTULO VI.

Situación horrible.

El rostro de Enrique estaba lívido y desfigurado hasta el punto de que era difícil conocerle.

Brillo siniestro animaba sus ojos, inyectados en sangre.

Su respiración era penosa y desigual.

Sus labios, secos y contraídos, entreabríanse y titilaban.

Sus crispadas manos temblaban convulsivamente á impulsos de la más reconcentrada ira.

Para dominarse, tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos.

Su mirada se fijó alternativamente en Alberto y en María, en él con odio profundo, y en ella con desprecio.

Después del grito exhalado por la joven, reinó un silencio absoluto, silencio que en aquellas circunstancias era imponente, aterrador.

María estaba anegada, y sin embargo, difícilmente hubiera podido encontrarse una conciencia tan pura, tan inmaculada como la suya.

¿Cómo podría defenderse?

No era ya la joven más ó menos juiciosa ó lijera que había mentido amor ó que había fingido amar á más de uno, sino la mujer que con pleno conocimiento del valor de sus acciones olvida sus deberes y hace el sacrificio

de su honor en aras de una pasión criminal.

Sin miramiento alguno, habíase arrojado en brazos de Alberto.

Y ósculos de inmensa ternura habían resonado, en tanto que se cruzaban palabras cariñosas y se exhalaban profundos suspiros.

¿Qué podía significar esto?

Enrique había sospechado que no era correspondido su amor; pero nunca había dudado de la honra de María.

El celoso amante había querido conocer la verdad; pero no esperó ver por parte de la joven más que demostraciones más ó menos afectuosas.

La verdad acababa de verla completamente desnuda, y no podía ser más horrible.

Ya no se trataba del amor de María, ni tampoco de su porvenir, sino de algo mucho más grave: de su honor.

Grabado núm. 3.



Y para que la infeliz dejase á salvo su honra, era preciso que deshonrara á su madre.

La alternativa no podía ser más dura, más espantosa.

También Alberto tenía que sostener una de esas luchas desgarradoras, gigantes, para las que son muy poco las fuerzas de la criatura.

Si salvaba á su hermana, tenía que condenar á su madre.

Para salvar la honra de su madre, tenía que reconocer la deshonra de su hermana.

A pesar de todo esto, el jóven desdichado levantaba la cabeza fieramente, y fijaba en Enrique una mirada ardiente y profunda.

Aquellos tres corazones latieron como si fueran á romperse para saltar del pecho en mil pedazos.

Por fin, el celoso amante rompió el silencio para decir:

—Ya conozco la verdad, y ya no sufro.

Esto aseguraba; pero lo desmentía su trémula voz, lo desmentían sus ojos, que despedían centellas, lo desmentía el temblor convulsivo que agitaba sus miembros.

—No,—añadió despues de algunos instantes,—no puede hacerme sufrir la mujer que es indigna de mi amor, la que no puede levantar los ojos en mi presencia y arrostrar con firmeza mis miradas. En estos momentos no puedo decir si mi amor se ha convertido en odio ó en desprecio; pero ello es que ya no amo, y como no amo, no sufro... ¡Oh!... Todas las virtudes, toda la pureza...

—Basta,—interrumpió María poniéndose en pié, como si repentinamente hubiese rocochado todas sus fuerzas, toda la rara energia de su espíritu privilegiado.—Sin mancha está mi honor, y quien lo dude...

—Yo.

Alberto, con una calma que en aquellos momentos parecía imposible, dió un paso, y colocándose entre su hermana y Enrique, le dijo á éste:

—Caballero, todo ha concluido. Hace media hora rompió María sus compromisos, y desde aquel instante, ningun derecho tenía usted sobre sus acciones. En libertad la más completa quedaba usted, y ella también quedaba en la más completa libertad. ¿Puede usted negar esto?

—¡Oh!...

—Si hemos de subordinar la razón al arrebato de la cólera y á las pasiones, será imposible entendernos, y además probará usted que se deja llevar de su despecho, y que ante todo, quiere satisfacer sus rencores.

—¿Razón!... ¿De parte de quién está?

—No es María quien tiene que doblar la frente como el reo ante su juez, pues ya he dicho que ningun derecho tiene usted á pedirle cuentas de su conducta, desde que ella ha roto todos los compromisos; quien ha de inclinar la cabeza ha de ser el que ha cometido el más feo de los abusos.

—¡Caballero!...

—Se había usted ocultado en esa habitación, representando el papel repugnante de espía... ¡Oh! Diga usted si esto es digno de un caballero, y sobre todo, sepamos con qué derecho permanece usted en esta casa, y espía usted á una persona que nada tiene que ver ya con usted.

—He observado, para convencerme de que se me engañaba, y afortunadamente, he encontrado la prueba de que esta mujer, antes de ser dueña de sus acciones, cuando juraba que correspondía á mi pasión, mentía y me engañaba, y como usted era ya su cómplice, y entre ambos me han hecho representar el papel más ridículo...

—¡Enrique!—interrumpió María.

Empero, el celoso amante, que se había dominado más de lo que parecía posible, la interrumpió á su vez, volvió á mirarla con desprecio profundo, y dirigiéndose á Alberto, le dijo:

—Hay quien cree que no tiene usted familia ni nombre; pero supongo que tendrá usted casa donde vivir.

El ultraje había llegado á su último punto.

No era ya posible una reconciliación, ni siquiera que la situación quedase como estaba.

María no necesitaba más explicaciones para adivinar lo que debía suceder, y lo que debía suceder era demasiado horroroso.

Otra vez se agotaron las fuerzas de la infeliz.

Tuvo que sentarse, y no pudo hacer más que fijar una mirada de mortal angustia en Enrique.

Alberto sacó una tarjeta, y se la entregó al que en apariencias era su rival.

La escena había terminado.

Enrique saludó cortesmente, y salió.

—¡Madre mia, madre mia!—exclamó la jóven.

—Tengamos fe en la justicia del Omnipotente,—dijo Alberto con grave tono.

—Pero nuestra pobre madre, su honra, la mia, mi corazón... ¡Ah!... No tendré fuerzas para tanto...

—¿Vacilas?

—No, hermano mio, no vacilo ni vacilaré; la honra de mi madre es antes que mi amor, antes que tu vida y la de Enrique, antes que mi propia honra.

—Dios te bendiga.

—Tú tampoco vacilarás...

—No puedo hacer más que el sacrificio de mi vida, y este sacrificio es de bien poca importancia.

—Preciso es disimular, sonreír, porque si nuestra desgraciada madre se apercibe de lo que sucede...

—Querrá luchar, rivalizar en abnegación contigo, y sacrificaría su honor para salvar el tuyo, y evitar los peligros que pueden amenazarme.

Abrazáronse cariñosamente los dos jóvenes.

Alberto salió.

Entre tanto, la doncella, que todo lo había escuchado, encerrábase en su aposento para reflexionar.

Ya no se le ocultaba la gravedad de la situación, ni mucho menos que ella era la causa de cuanto sucedía.

Lo que no había comprendido bien era el lazo que unía á su jóven señora con Alberto; pero por esta misma razón, parecía la situación doblemente crítica.

Dos hombres iban á matarse, y tan horrenda desgracia debía pesar sobre la conciencia de Lucía.

Quizá por primera vez en su vida, sentíase profundamente turbada, pero queriendo atenuar su falta, decía para sí:

—La verdad es que la señorita ha querido hacer un doble juego. Fingía muy bien que amaba á don Enrique, porque así podría hacer un buen casamiento, y entre tanto, su corazón era del otro. Preciso es reconocer que la razón está de parte de don Enrique, y que cuando un enamorado tiene celos, no se equivoca. Celosos han sido todos mis amantes, y tengo que confesar que les sobraba la razón para atormentarme con sus celos. Ninguno se ha equivocado, y éste tampoco. Sin embargo, ello es que van á matarse dos hombres, y si yo no hubiera favorecido á don Enrique, esto no sucedería. ¿Qué debo hacer? ¿Puedo evitarlo? Me parece muy difícil, casi imposible. Se odian, y no quedarán satisfechos hasta que se hayan aniquilado. ¿De qué servirá que yo les suplique? Ninguno de los dos puede ceder sin mengua de su honor, y no cederán.

Caviló la traviesa Lucía, y desesperose, porque su imaginación se negaba á suministrarle medios para salir del apuro.

La desgracia era inevitable.

Cualquiera que fuese el desenlace de la situación, para la hija de Magdalena sería muy malo, sería siempre el peor.

Amaba ciegamente á Enrique, y no hay que decir lo que la desgraciada debía sufrir si su amante moría.

Y si éste era el favorecido por la suerte, Alberto dejaría de existir.

Y Alberto era hermano de María.

Y si la vida de ambos había de salvarse, sería preciso que Magdalena quedase deshonrada á los ojos de Enrique.

Aunque había jurado María no vacilar, vaciló más de una vez, no porque tuviese miedo, sino porque dudó en qué consistía su verdadero deber.

¿Podía quedar tranquila su conciencia si dejaba que muriese uno de aquellos dos hombres?

¿Le estaba permitido evitar la catástrofe á costa de la honra de su madre?

Hacer esto era tal vez dejarse llevar de sus sentimientos de egoísmo, puesto que así era como quedaba á salvo su propio honor y su amor, y así también aseguraba su porvenir.

Antes que ser ó parecer egoista, preferia la jóven todos los tormentos imaginables.

Para aceptar las responsabilidades es para lo que más valor se necesita.

Este valor lo tuvo al fin María, aunque sin renunciar á hacer el último esfuerzo.

¡El último esfuerzo!...

Todos debían ser estériles.

Por de pronto, la infeliz tuvo que dominarse, para que su sufrimiento no fuese adivinado.

Media hora después, se presentó á su madre.

Una sonrisa leve entreabría los labios de la jóven.

Y sin embargo, tenía la muerte en el alma.

¡Infeliz!

La dejaremos, para ir en busca de Enrique.

CAPÍTULO VII.

El hombre de las gafas verdes

Enrique llegó á su casa en el estado de agitacion que era consiguiente.

Para él la cuestion estaba completamente resuelta.

Pasado el primer arrebató de cólera, había recobrado la calma.

Ya no se trataba más que de jugar la vida, y un hombre como él no podía temblar ante el peligro de morir.

Mucho más que esto, le atormentaba el desengaño por la falsedad de María.

La era imposible retroceder, y aunque le hubiese sido posible no se lo permitía su impaciencia.

¿A quién acudiría para que le sirviese de testigo en el sangriento lance?

Tenia muchos amigos, pero en ninguno completa confianza.

Enrique no quería dar á conocer el motivo de su querrela con Alberto, siquiera fuese porque le mortificaba confesar que había representado el más triste papel.

¿Y quién se avendría á entender en el asunto sin que le diesen explicaciones para apreciar las causas en su verdadero valor?

En estas dificultades pensaba el jóven cuando entró en su casa.

El anciano sirviente le salió al encuentro, diciéndole:

—El amigo de usted, el que fué el mejor amigo de su padre...

—¿Hay noticias de su llegada á Madrid? Creíamos que no vendría hasta mañana, y sentiré que no me haya encontrado en la estacion al llegar.

—Segun se explica, ha adelantado un dia el viaje para verle á usted antes que á las personas de su familia, porque para esto tiene razones poderosas, segun dice.

—Entonces...

—Desde la estacion se ha venido á casa, y en el gabinete espera, contando los minutos.

La persona á quien el criado se referia, era un antiguo é íntimo amigo del padre de Enrique.

Sus antecedentes no nos importan en este momento, y los daremos á conocer oportunamente: ahora nos concretaremos á decir que disfrutaba de una gran fortuna, segun sus pa-

rientes decían, aunque sobre este punto había algo de misterioso, ó por lo ménos de inexplicable.

Hacia muchos años que vivía en América, era soltero á pesar de sus cuarenta y seis años, y de su conducta y sus sentimientos nada se sabía de positivo.

Más de un favor de grandísima importancia había hecho al padre de Enrique, y por consiguiente, nuestro jóven le amaba y respetaba.

Apresurose Enrique á entrar en el gabinete.

Nunca había visto al amigo de su padre, y se encontró con un hombre de maneras distinguidas, y que representaba alguna más edad de la que tenía, pues parecía frisar por lo ménos en los cincuenta.

Era de regular estatura, bien formado, y no carecía de belleza varonil, á pesar de los blancos cabellos que cubrían su cabeza, y de su barba en- canecida también.

(Se continuará.)



EN MEDIO DEL ATLÁNTICO.

Emblema fiel de la soberbia humana,
Sigues, pobre bajel, tu rumbo audaz,
Y eres, aunque gigante y poderoso,
Punto perdido en el inmenso mar.

En tu ciencia y tu arrojo no confías
Ni en tus alas de lona y de metal;
Si la deja de Dios, la augusta mano,
¡Ay de la nave que arrogante val!

Que El no te salve del oculto escollo,
Ni del rayo en la récia tempestad,
Ni al incendio que llevas en tu seno
Límites ponga y freno al huracán;

Y el insondable abismo de los mares,
Bajo tu quilla, errante se abrirá,
Y, en vez de nave osada y ostentosa,
Féretro inmenso y lúgubre serás.

Exhalarán los míseros que llevas
El ¡ay! horrible del postrer afán;
Voz de la muerte, aterrador gemido
Que ningún sér humano escuchará.

Casi al instante, el remolino undos,
Las inconstantes olas borrarán,
Y ¿quién el lance infausto sospechará
Del golfo al ver la aleve majestad?

A veces son las apacibles ondas
De estragos mil la máscara falaz,
Cual suele en labio femenino la risa
Ser de impostura y de traición señal...

Así es el mundo: afectos y memorias...
Borra del tiempo el ímpetu voraz...
Si á la espléndida nave el mar sepulta,
¿Quién en mi oscuro nombre pensará...

Sobre algun rostro de mujer—¿quién sabe?—
Lágrimas solitarias rodarán;
Pero ¡ay! del mundo halagador el soplo
Pronto el divino llanto secará.

Leopoldo Augusto de Cueto.

A bordo del *steamer* anglo-americano *Franklin*, 15 de Mayo de 1854.
Naufragó el *Franklin* al siguiente viaje.

SOLUCION DE LA CHARADA DEL NÚMERO 13.

Cañamazo.

Han acertado la charada del número 13 las señoras doña Micaela Ruiz y Marin, doña Bonifacia, doña Rosa Rico, doña Matilde G. de Quijano, doña Josefa Moro y Sala, doña Amalia Huet, doña Gregoria Martinez, doña Narcisa Anzueta, doña Josefa Gomez de Villanueva, doña Filomena Hervas de Recio, doña María Biarreau de Guevara, doña Teresa Párgans, doña Segunda Gardoqui, doña Catalina Rando, doña Eulalia Castellanos de Moron, doña Dolores Oliver, doña Antonia María y Gimenez, doña Antonia Warletta, doña María Puig y Alguer, doña Josefa Pujol, doña Trinidad de la Rua, doña Dolores Cruz de Tovar, doña Carmen Reguera de Carranza, doña Salvadora Lanzuela, doña Isabel B. y Mora, doña Adelaida Vales, doña María Samora.

EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

1.º Jovencita de quince á veinte años.—Primera falda de tafetan blanco con listas rosa: dos bieses rosa adornan el bajo de la falda; casaca Luis XV con escote cuadrado y guarnecida con un bies blanco y rosa. Una flor en los cabellos, y medallón al cuello.

2.º Traje de seda negro.—Primera falda de color, lisa. Segunda falda drapeada y adornada con un volante ancho. Esta túnica tiene dobles aldetas, adornadas con azabache. Por detrás broche de azabache, formando abanico: el mismo adorno en las mangas. Adorno de encaje y azabache.

Zapatos de raso negro con lazos Fenelon y hebillas de azabache.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

1.º Vestido de terciopelo negro.—La falda lisa y de cola; túnica ondeada formando greca; por delante redondeada en delantal y recogida con lujosa pasamanería; corpiño con aldetas cuadradas por detrás y cortas por delante, adornadas lo mismo que la falda, con greca y pieles; mangas anchas, con otra estrecha; sombrero de terciopelo negro con bridas de lo mismo, encaje y plumas.

Botas con pieles; manguito igual.

2.º Falda rasante de seda negra, adornada con un ancho volante deshilado y con anchas medias tablas; cinturón de faya azul con caídas, toca de terciopelo negro con pluma y caídas.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

1.º Niña de ocho á diez años.—Traje de terciopelo negro.—Falda lisa: polonesa ondeada, abotonada, con hombreras y aldetas postillon: la polonesa, adornada con pieles; manguito igual; toca de terciopelo, con rosa de terciopelo y pluma.

Botas húngaras con pieles.

2.º Niño de diez á doce años.—Traje de paño azul oscuro: pantalón estrecho con pasamanería en las costuras, blusa-chaqueta muy corta con cuello y astracán; doble serie de botones; toca húngara, adornada con astracán; cuello de esto mismo.

3.º Niño de cuatro años.—Vestido de dos á cuatro años de paño azul.—Capa con pelerina guarnecida con pieles blancas, y cuello de esto mismo; sombrero con pluma y lazo.

4.º Niña de cinco á diez años.—Vestido de paño marrón con volante ondeado; casaca semi-ajustada con cinturón; pelerina con aldetas y mangas ondeadas; velo de tul.

Botas de paño marrón.

5.º Vestido de cachemir gris hierro.—Corpiño con aldetas y pasamanería; cuello de paño gris con trencilla y pasamanería; corbata con largas caídas de crespon de China, blanco; sombrero de castor gris con lazo de terciopelo y plumas.

Botas de becerro.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

1.º Vestido de popelina marrón.—La falda adornada con volante plegado formando cenefa, y adornado con pieles; túnica adornada con terciopelo inglés y pieles; corpiño con peto y carteras de terciopelo; sombrero de castor, adornado con terciopelo y una larga pluma gris; cuello marinero, y botas de becerro.

2.º Vestido gris adornado con tres volantes plegados, bellotas y presillas de pasamanería; paletó de paño ajustado, y adornado con pieles; sombrero de castor, adornado con plumas, velo de gasa y rizados; manguito.

Botas de becerro.

EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

1.º Traje de cachemir para niña.—La primera falda adornada con un volante y tres terciopelos; túnica formando una banda, adornada con terciopelo, parte del costado y recoge el puff; corpiño y mangas adornado con terciopelo.

2.º Traje para casa.—Vestido de cachemir gris: dos bieses formando ondas, guarnecen la falda: los picos y los bieses llevan un borde color marrón; segunda falda, adornada lo mismo que la primera; corpiño con aldetas de punta y lazo mariposa por detrás; manga ancha fruncida y con un encaje; adorno de blonda blanca.

Gran rifa de una Virgen del Pilar de Zaragoza, de plata cincelada, tasada en la cantidad de 7,000 reales.

Hay en esta rifa mil premios de regalo, consistentes en ejemplares de la preciosa obra en dos tomos titulada *Los trovadores Marianos*, álbum religioso literario consagrado á la Santísima Virgen María. Estos regalos se distribuirán á los números que correspondan, según se expresa en los billetes, que se expenden en todas las administraciones de loterías á 4 reales. Se remiten á cualquier punto bajo sobre, pidiéndolos á D. R. R. Urbina, presbítero, calle de San Bernardo, 17, librería, Madrid, antes del 28 del presente Enero, pues el sorteo se verificará el 30. A todo pedido, cualquiera que sea, se adjuntará un sello más para la contestación.

MADRID: 1872.—Imp. de Santos Larxé, Rio, 24.